

GALERIA TUBERRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS

25562
C. P. y J. de la Cruz

3 3 SU AUTOR

D. Agustín Pérez Navarrete

A LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

Reina de las Españas
bajo la Real protección del Rey N. S. (P. D. G.)

TOMO III.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. Rodríguez, calle del Factor.

HISTORIA TRÁGICA 6.^a

—•••••—
LA DUQUESA

DE

MALFI.

HISTORIA TRAGICA

LA DUESA

MALTA



*Esposo mio Salva de estos asesinos á
tu muger y á tus hijos.*

Gallart lo gr.



Cuanto mas honor y autoridad
 tienen las personas de alto rango,
 mas notables y sensibles son sus
 faltas, y causan mayor escándalo;
 asi como la fortuna se echa mas
 de menos, y se hace dificil de so-
 portar la desgracia al que ha sido
 feliz cuando llega á experimentar
 contratiempos, desastres y adver-
 sidades. Dionisio el tirano tenia
 mas pena de verse despojado de su
 reino, que Milon desterrado de Ro-
 ma, porque el uno era señor sobera-
 no, hijo de un rei, que no podia ser

(8)

juzgado por nadie; y el otro no era mas que un simple ciudadano, donde el pueblo era legislador y sus leyes respetadas. Por lo tanto, la caida de un árbol grande hace mas ruido que la de un arbolillo; asi como se ven mas desde lejos las torres y los palacios de los reyes, que las cabañas de los pastores. Esta es la razon por que los grandes señores deben vivir de tal suerte y con tal prudencia, que ninguno tenga ocasion de tomar mal ejemplo de sus conversaciones ni de su conducta; y esta modestia debe ser observada con mas escrupulosidad por las mugeres, si quieren ser verdaderamente grandes; pues la virtud, la humanidad, la castidad y la continencia las hace mas reco-

(9)

mendables en la sociedad; y respecto á que desean ser todas queridas y respetadas, es preciso que su conducta sea digna de tal amor y satisfaccion sin envilecerse de ninguna manera, ni hacer cosa alguna que pueda denigrar este mismo esplendor que recomienda á todo el mundo su reputacion. Mucho me temo que á pesar de tantos hechos heróicos y conquistas de la reina babiloniana Semíramis, tenga jamas tanta estimacion como su vicio ha tenido de vituperio, por aquellos historiadores que nos han dejado la memoria de los hechos antiguos. Digo esto, porque siendo la muger como la imágen de la dulzura, del pudor y de la amabilidad, al momento que abandona el cami-

no de su deber y de la modestia para mancillar ella misma su honor, se pone en el riesgo de sufrir muchos sentimientos é inquietudes, y causa la ruina de aquel que sería mui estimado y elogiado, si el atractivo de las mugeres no le escitase á caer en la demencia que comunmente produce el amor. No iremos á buscar los ejemplos de Sanson, Salomon y otros que se han dejado peinar tontamente de las mugeres, cometiendo por ellas grandes faltas é incurriendo en muchos peligros: yo me contentaré con referir una historia bien sensible, triste y horrorosa, pero moderna, del tiempo de Luis XII, que que por su bondad y amor á sus vasallos fue llamado el padre del

pueblo, y bajo cuyo reinado fue ganada á los españoles y napolitanos la memorable batalla de Ravenna; y es como sigue.

Un caballero napolitano llamado don Antonio Bolonia, que habia sido uno de los gefes de palacio de Federico de Aragon, en otro tiempo Rei de Nápoles, y que por este medio recobró los bienes que tenia en su pais: este caballero, digo, sobre tener un físico interesante, era un militar valiente, de buena opinion entre los grandes, y á mas tenia una infinidad de gracias que le hacian amar y obsequiar de todos; pues particularmente para montar y adiestrar los caballos no habia otro que le igualase en toda la Italia: en punto á

(12)

música era otro asombro, porque acompañaba á su hermosa voz con el laud y tal gracia, que los mas melancólicos olvidaban sus penas oyéndole. En fin, se esmeró tanto en él naturaleza, que parecia haberle prodigado sus tesoros; pues hasta por el arte habia adquirido todo cuanto es de desear para ser un hombre feliz y acreedor á los mas distinguidos elogios: por ejemplo, el conocimiento de las bellas letras que tanto habia estudiado, pues se abochornaban en su presencia frecuentemente los que hacian de ello uso, estado ó profesion, admirándose de sus luces. Don Antonio de Bolonia pues habiendo dejado en Francia á Federico de Aragon, se marchó

(13)

á su casa para vivir tranquilo y librarse de la confusion, olvidando los cumplimientos y delicadeza de los palacios, para ser el administrador de sus mismas rentas, y vivir en la oscuridad de su rincon. Pero en vano fue tomar esta determinacion, siendo imposible evitar lo que la suerte tenia decretado; pues la desgracia parece persigue á muchas criaturas desde el vientre de sus madres; de manera, que aquel que mas justo y sabio parece, conducido por su destino vemos mui frecuentemente que se va, sin saber cómo, á precipitar en la muerte ó en su ruina. Asi sucedió á este caballero napolitano, pues desde el mismo momento que tuvo la prosperidad, empezó á sufrir

su decadencia; y por la misma casa que le habia elevado, se vió privado de estado y de vida: ved aqui de qué manera.

Ya hemos dicho que este don Antonio Bolonia habia sido gefe en el palacio del Rei de Nápoles, y con este motivo, siendo hombre de talento, buen cortesano, y de los conocimientos necesarios para saberse conducir en la corte, mereció el mas distinguido concepto y estimacion de la Duquesa de Malfi; y esta misma señora le propuso la sirviese en el propio empleo que habia tenido en palacio.

Esta Duquesa procedia de la noble casa de Aragon, y era hermana del Cardenal de Aragon, hombre poderoso, por cuyos motivos

estaba persuadida de no ser desairada, siendo Bolonia muy afecto á la casa aragonesa, como que en ella se habia criado desde su mas tierna edad; y haciéndole llamar un dia, le habló en estos términos: «Señor de Bolonia, pues que la desgracia de toda nuestra casa ha querido que vuestros principes hayan perdido sus estados y abandonado su dignidad, privándoos de unos amos tan buenos, sin recibir otra recompensa que los elogios que todos os tributan de haberlos servido con la mayor fidelidad, he resuelto ofreceros igual suerte en mi casa, para que me sirvais con el mismo destino y facultades que tuvisteis en el palacio del Rei vuestro amo. Conozco que esto será humi-

llaros demasiado ; pero no ignorais quién soi y mi parentesco con quien tanto apreciáis, y que si no soi Reina ni gran propietaria, tengo un corazon Real, y os haré ver por la misma experiencia lo que soi capaz de hacer, y si los que me sirven salen de mi casa sin la justa recompensa de sus fatigas. La magnificencia y la generosidad pueden residir en los palacios de los pequeños príncipes, como en los mas opulentos de los grandes monarcas. Me parece haber leído que un cierto Ariabarzana, persa, monstruo de ejemplos de galantería y grandeza, se presentó un dia con tanto lujo al grande Artajerjes, que el Rei se asombró de su magnificencia y se dió por vencido. Me-

ditad lo que os propongo, pues confio en que no os negaréis, tanto por ser justa mi súplica, cuanto por estar segura de que nuestra casa y familia ocupan un lugar distinguido en vuestro corazon, y no creo puedan borrarse de vuestra memoria.»

Al oír el caballero Bolonia una súplica tan cortés de la Duquesa, viéndose obligado por los aragoneses, y arrastrado por yo no sé qué instinto á su desgraciada grandeza, le respondió en estos términos: «Pluguiese á Dios, Señora, que con tanta razon y justicia pudiera negaros lo que me pedís, como derecho teneis para decirlo; y segun la obligacion que me imponen el nombre y memoria de los arago-

(18)

neses, os prometo ser obediente ahora y siempre á vuestros preceptos, y que mi vida estará pronta á ofrecerse en sacrificio para complaceros y serviros; pero no sé esplicaros lo que siente en este momento mi corazon, que contraría á mis deseos, pues se inclina mas á la soledad del retiro; y de consiguiente, me hallaria mas contento con disfrutar tranquilamente de lo poco que tengo, que con admitir de nuevo grandes cargos de las casas suntuosas de los príncipes; mas sin embargo, por no disgustaros, y que no creais pretendo eludirme del cargo que me ofrecéis, despreciando vuestra corte; y en vista de que no puedo tener mayor honor que el de serviros,

(19)

me resuelvo, sin consultar al porvenir, á obedeceros aceptando humildemente el honor que me dispensais, mas bien por no ser ingrato, que por el deseo de verme en aquel estado en que ya me hallé: disponed de mi persona á vuestro placer, y ocupadme en lo que pueda complaceros y serviros.»

La Duquesa le dió gracias por su buena voluntad, y le encargó de todo el manejo de su casa, mandando que toda su servidumbre le tratase y respetase como á su misma persona, obedeciéndole como al representante del gefe de toda la familia. La Duquesa estaba viuda; pero era jóven y hermosa por escelencia, y tenia un niño de su

difunto marido, que era el heredero del ducado. Pensemos ahora si con tal belleza, y gozando de grandes conveniencias, seria fácil, aunque lo intentase, reprimir sus pasiones, hallándose en la juventud que las da pábulo continuamente, y maxime sintiéndose estimulada de una inclinacion que la mortificaba en extremo por no poder significarse como un hombre para alivio de su pena. En tal situacion yo diria que era mejor tratase de un buen enlace, que correr el riesgo y la suerte de los amantes; pues á decir verdad, no es mui acertado tener á una jóven ya formada sin casarla, ni que una viuda tierna y robusta se conserve en el estado de viudez por mu-

cha confianza que tenga de su continencia. Los muchos ejemplos que nos suministra la esperiencia manifiestan que tarde ó temprano vencen casi siempre el interes ó el amor, y que es una gran locura forme el bello sexo propósitos entre tantos peligros como sin cesar le rodean, sin tener para resistirlos constantemente las fuerzas necesarias: no será sin embargo esta proposicion tan absoluta, que no tenga sus escepciones; pues vemos no faltan mugeres virtuosas en tal grado, que logran ser continentes en medio de los continuos ataques de la seduccion. Pero siendo mui difíciles, y no menos arriesgadas semejantes pruebas, es preciso convengamos en

que basta un momento para pervertir á una muger que toda su vida haya cerrado sus oidos á las insinuaciones seductoras de tantos hombres rendidos á sus perfecciones.

No hai necesidad, pues, de recorrer las historias para convencernos de esta verdad; pues todos los dias tenemos á la vista los efectos de esta pasion dominante del género humano, y la conviccion de que no hai otro medio de reprimir los males que causa, sino la union conyugal.

Esta Duquesa pues, continuamente triste y desvelada, se afligia de vivir sola, y se lamentaba en su soledad de verse sin la dulce compañía que tenia en

vida de su difunto marido: sufria sin cesar el cruel combate de las pasiones, y decia: ¿Es posible que despues de haber gustado cuanto vale la honesta obediencia que la esposa debe al marido, experimente yo aun aquel deseo que altera las almas apasionadas de aquellos que se sujetan al amor? ¿Podré yo enamorarme y estraviar mis costumbres olvidando mi deber? Mas ¿qué deseo es este? Yo padezco; mi espíritu desfallece; tengo un no sé qué, y no sé á quién explicarle. Soy mas loca que Narciso; no tengo sombra; no veo á quien pueda dirigir mi vista; no se me ofrece en la simple imaginacion la idea de un hombre en el mundo á quien confesar el tormento que padece

mi alma. Pigmaleon amó una estatua de mármol, y yo no tengo mas que un deseo, cuyo color es mas pálido que la misma muerte, pues que no hai con qué darle un solo punto de bermellon. Si yo descubro esta flaqueza á alguno, puede ser se burle de mí; y por hermosura y grandeza que yo tenga, se reirá de mis locas aprensiones. Por lo demas, pues que no hai enemigo ninguno en campaña, y que nada nos asalta mas que una simple sospecha, despreciemos ilusiones y borremos de la memoria semejantes desaciertos, tratando siempre de corresponder con mis acciones á la estirpe Real de donde procedo.

Asi es como esta viuda hermo-

sa y jóven princesa ocupaba la noche discurriendo sobre sus deseos y flaquezas; pero luego que vino el dia, y empezó á ver aquella multitud de caballeros napolitanos que andaban por la ciudad echando miradas tiernas y dirigiendo palabras espresivas á las damas, se desvanecia al momento todo quanto habia pensado por la noche, como el fuego pasa por la estopa; y se proponia, á cualquier precio que fuese, no vivir mas tiempo de esta suerte, prometiéndose la conquista de algun amigo, buen mozo y discreto. Mas la dificultad estaba en no saber en quién fijar su amistad por temor del escándalo, y porque la era mui sospechosa la conducta galante de la mayor

parte de la juventud; en términos, que dejando á un lado todos aquellos petimetres que paseaban en caballos turcos y sardos perfectamente enjaezados la ciudad de Nápoles, se propuso dar la preferencia á otra clase de hombres, antes que á la loca juventud. De esta suerte su desgracia empezaba ya á tramar el hilo que sofocó la respiracion de su vida desgraciada.

Ya te acordarás, lector mio, de haberte dicho que el caballero Bolonia era uno de los mas perfectos napolitanos en hermosura, proporcion, gallardía, discrecion y política, habiendo pocos en aquel tiempo que pudiesen compararse con él. Tenia una dulzura natural tan seductora, que todos los que

le frecuentaban no podian menos de tomarle aficion. ¿Qué incentivo no era este para la Duquesa? Ella buscaba un hombre á quien hacer participante de su fortuna; ¿y cómo resistirse á este impulso, teniendo en su propia casa á uno que consideraba adornado de todas las cualidades que su corazon podia exigir en un esposo? La Duquesa pues se apasionó ciegamente del caballero Bolonia con tal extremo, que delante de todos estaba siempre alabando sus perfecciones, y dejaba conocer la inquietud de su espíritu cuando no le tenia en su presencia. El caballero Bolonia, que no era tonto ni atolondrado, y que por esperiencia sabia ya cuan grande es la fuerza de esta pasion, co-